



III

A la entrada de la calle, el viento aún se hacía sentir y levantaba la nieve, pero en medio del pueblo, se había calmado y hasta hacía calor.

Cerca de una casa, ladraba un perro; cerca de otra, una mujer cubriéndose la cabeza con una capa de hombre, salía á la puerta presurosa para ver á los viajeros.

Se escuchaban cantos de gente moza.

—Pero ¿es éste Grinschkino?—dijo Vassili Andreitch.

—Sí, éste es Grinschkino,—contestó Nikita.

Y en efecto, lo era.

Los viajeros, habiéndose pues descarrilado del camino hacia la izquierda, habían perdido ocho

horas, que eran precisamente las que habían andado al azar, de modo que de Grinschokino en donde se encontraban á Goriatschokino, habla aún cinco horas.

En el pueblo encontraron á un valiente que marchaba por en medio de la calle.

—¿Quién va?—gritóle deteniendo el caballo; pero reconociendo á Vassili Andreitch, se aproximó al trineo y apoyando la mano encima de los bozales se sentó á la derecha.

Era éste el moujik Issaï, muy renombrado en todos los alrededores como el primer ladrón de caballos de la comarca, y conocido de Vassili Andreitch.

—¿Y á dónde le encamina Dios?—dijo Issaï á Vassili Andreitch, dándole á Nikita con el aliento una tafarada de aguardiente.

—Ibamos á Goriatschokino.

—¿Y ha venido usted á parar aquí? Ha debido pasar por Malakhovo.

—Sí, hemos dudado, pero no hemos podido,—dijo Vassili deteniendo el caballo.

—Este caballo es bueno,—replicó Issaï examinando á Castaño, y con un gesto que le era familiar apretó el nudo de la cola del caballo que estaba flojo, y lo levantó.

—¿Duerme usted aquí?—le preguntó.

—No, hermano; me es preciso partir en seguida.

—¿Es forzoso? ¿Y éste, quién es? ¡Ah! Nikita Stépanitch.

—¿Y quién otro podía ser?—dijo Nikita.—Escu-

che con frecuencia, ni amo, como hemos de hacer para no perdernos de nuevo.

—¿Y cómo te habías de perder? Vuelve grupa y vete derecho por la calle. Después, saliendo del pueblo, marcha siempre derecho. No tires á la izquierda, y cuando estés en la carretera entonces puedes volver á la izquierda.

—¿Pero la vuelta de la carretera es la del estio ó la de la primera?—preguntó Nikita.

—La de invierno. Cuando estés allí verás arbustos y en frente de éstos una larga hilera de robles: éste es el camino.

Vassili Andreitch volvió grupas y atravesó el pueblo.

—¿Y por qué no hace noche aquí?—le dijo por último Issaï.

Vassili no contestó: cinco leguas de buen camino y dos de ellas por medio del bosque le parecían poca cosa, tanto más cuanto el viento y la nieve parecían cesar.

Después de haber salvado de nuevo la calle, bien plana para los trineos y cubierta por aquí y por allá de estiércol nuevo, y pasado la casa cerca de la cual se secaba la ropa y donde la camisa blanca no estaba pendiente más que por una manga, se aproximaron de nuevo á los arbustos, sitio en donde el viento continuaba gimiendo, y se encontraron de nuevo en el campo.

La tempestad de nieve, lejos de calmarse, parecía aumentar más y más. El camino desaparecía completamente y no se podían guiar más que por

las piedras, medio también muy difícil, porque dando el viento de cara, se hacía imposible fijar la vista en nada.

Vassili Andreitch, con los ojos medio cerrados, se inclinaba para ver las piedras, pero lo más corriente era que se guiase por el caballo. En efecto, éste, sin tener que prestar obediencia ya á nadie, corría lo mismo hacia la derecha que hacia la izquierda, según las dificultades que encontraba en el camino. Así pues, á pesar de la nieve que cala y del viento que arreciaba por momentos, de cuando en cuando se veía alguna que otra piedra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO RIVERA"
1649. 1625 MONTERREY, MEXICO ***

Apenas hacía diez minutos que marchaban así, cuando, de pronto, aparece una mancha oscura que se movía por delante del caballo. Era un trineo que le precedía y que iba en la misma dirección. Castaño lo había barruntado y comenzó á acortar el paso.

—¡Paren... delante!... gritaron desde el trineo. Vassili Andreitch obedeció.

Iban en ese trineo tres moujiks y la mujer de uno

de ellos. Seguramente eran invitados que regresaban de la fiesta. Uno de los moujiks pegó con un palo en la culata del caballo; los otros dos, sentados en el suelo del trineo, gritaban con los brazos abiertos. La mujer, toda cubierta de nieve, permanecía impassible en la parte trasera del trineo.

—¿De dónde son ustedes?—les gritó Vassili Andreitch.

—¡De A...a...a...!—se entendió solamente.

—¿De dónde?

—¡De A...a...a...!—gritó con todas sus fuerzas uno de los moujiks, á quien tampoco pudo entenderse una palabra.

—¡Está bien! ¡Que sigan buenos!...

—Seguramente vienen de la fiesta.

—¡Adelanta... adelante... Semka!... Vuelve ahora... así...

Los trineos parecían ir paralelos un instante, después se separaron más, y por último el de los moujiks quedó detrás.

El caballo, que era ventruado y de largos pelos, cubierto todo de nieve, bufaba y parecía apurar sus últimas fuerzas corriendo sobre la nieve. Su cabeza, evidentemente joven, con el labio inferior algo caído y semejante al de los pescados, las ventanas de la nariz dilatadas y las orejas juntas por los extremos, indicando miedo, se mantuvo durante algunos segundos á nivel de la espalda de Nikita; después fué perdiendo gradualmente el terreno.

—He ahí lo que hace el aguardiente,—dijo Nikita,—han hecho caer al caballo... ¡Ah... los asiáticos!...

Algunos instantes después se oía aún la agitada respiración del caballo y los gritos aguardentosos de los moujiks; en seguida, todo se perdió en lontananza. Nada escucharon ya, si no era el horrible silvar del viento en las orejas y alguno que otro ligero movimiento en el trineo, debido á la desigualdad del camino.

Este encuentro animó y dió valor á Vassili Andreitch, y esta vez, sin buscar con la vista las piedras del camino, fustigó al caballo, fiándose de él.

Nikita, nada tenía que hacer y se quedó medio dormido.

*
*
*

De pronto, el caballo se detuvo: á Nikita le faltó poco para caer de cabeza.

—Creo que hemos perdido esta vez el camino,—dijo Vassili Andreitch.

—¿Y por qué lo creéis?

—Porque no se ven las piedras: creo que nos hemos separado del camino.

—Pues, nada, si nos hemos separado, preciso es dar con él,—dijo simplemente Nikita.

Bajó del trineo, y con el paso lento propio de sus piernas torcidas, comenzó á sondear la nieve.

Largo tiempo anduvo buscando, desaparecía y volvía á aparecer, hasta que por fin se aproximó á Vassili Andreitch y le dijo:

—Por aquí no hay camino: puede que esté más lejos.

Y volvió á subirse en el trineo.

Comenzaba á oscurecer; la borrasca no aumentaba, pero tampoco disminuía.

—¡Si al menos oyéramos los gritos de esos moujiks!...—exclamó Vassili Andreitch.

—¡Oh, estamos muy separados de ellos!... ¡O bien son ellos los que se han perdido!—dijo Nikita.

—¿Qué hacer, entonces?

—Es preciso dejar al caballo que marche por donde quiera y así nos buscará el camino. Dadme las riendas.

Vassili Andreitch se las entregó gustoso, porque ya se le iban helando las manos, á pesar de llevarlas abrigadas con los guantes.

Nikita no guiaba; tenía las riendas en las manos sin hacer ningún movimiento, guiado solo por la inteligencia de su caballo favorit o.

En efecto, el caballo, moviendo las orejas lo mismo para un lado que para otro, modificó poco á poco la dirección de su carrera.

—¡No le hace falta más que hablar!—decía Nikita;—mira, mira lo que hace...

El viento venía ya de detrás y no molestaba tanto.

—¡Qué inteligente es!..—dijo Nikita con satisfacción.—El otro esmu y fuerte, pero es de una raza demasiado torpe. Mira, mira éste, como mueve las orejas: no tiene necesidad de telégrafo; barrunta á una legua de distancia.

Media hora no había pasado, y, en efecto, una línea negra apareció á la vista: ¿era un bosque, ó un pueblo? Fuera lo que fuese, las piedras estaban á la derecha del camino; evidentemente habían dado con él.

—¿Pero éste es aún Grischkino?—dijo de repente Nikita.

*
**

Y así era, en efecto; á la izquierda velase la misma granja en donde caía tanta nieve, y más lejos, la misma cuerda, con la ropa tendida, que el viento sacudía con tanta rabia.

De nuevo se internaron en la calle, y comenzaron á sentir la calma y el bienestar; de nuevo velase la calle cubierta de estiércol y se escuchaban las mismas voces, los mismos cantos y los ladridos de los perros.

Había anochecido y el resplandor de las luces, recientemente encendidas, se veía por detrás de las ventanas.

En medio de la calle, Vassili Andreitch dirigía el caballo hacia una gran casa de dos pisos, fabricada de ladrillos, parando delante de la puerta cochera.

—Llama á Tarass,—dijo á Nikita.

Este se aproximó á una ventana cuyos cristales, empañados por la nieve, no dejaban pasar los rayos de las luces que dentro ardían. Nikita golpeó con la manga de su kaftan.

—¿Quién va?—contestaron.

—Somos de Kresk. Estos son los Brekhounos, amigo mío. Abre un instante.

En el interior alguien se apartó de la ventana, y casi al mismo tiempo se escuchaba abrir un postigo, apareciendo un moujik viejo, con barba blanca, cubierto con un gorro enorme, la capa echada hacia atrás, permitiéndole verse una blusa blanca propia de días de fiesta, seguido de un joven con blusa encarnada y botas.

—Sean bienvenidos,—dijo el viejo.

—Nos hemos extraviado, hermano,—dijo Vassili Andreitch.—Ibamos á Goritschkino y hemos venido á aparecer en su casa. Es la segunda vez que nos apartamos de aquí.

—Pétrouschka, ve á abrir la puerta,—dijo el viejo, volviéndose hacia el joven de la blusa encarnada.

—Con mucho gusto,—respondió amablemente el joven.

—Es que no nos detenemos para dormir aquí,—dijo Vassili Andreitch.

—¿Y dónde vas á ir durante de la noche? Quedarse aquí...

—Bien, gracias, pero no es posible; urge partir pronto.

—Entonces entrad y os calentaréis: la comida estará pronto.

—No rechazo el calentarme: entretanto, se alejarán las sombras del crepúsculo y saldrá la luna á alumbrar el camino. Vamos, Nikita, entremos á calentarnos.

—¿Por qué no?—dijo Nikita aterrado de frío y que, en efecto, tenía necesidad de calentar á la lumbre sus miembros entumecidos.

* * *

Vassili Andreitch siguió al viejo y Nikita entró con el trineo por la puerta cochera que acababa de abrir Pétrouscka. Siguiendo las indicaciones del joven, puso el caballo al abrigo del cobertizo de la cochera.

El suelo de ésta estaba cubierto de una espesa capa de estiércol.

Al entrar el trineo, tropezó con uno de los maderos que sirven de puntales á las vigas del techo, y de repente, el gallo y las gallinas posados en ella, sacudidos por el choque, comenzaron á cloquear con disgusto. Los carneros, alarmados, corrieron por todas partes, y por fin fueron á parar al mismo sitio donde estaban. Un perrillo acogió este ruido con un ahullido desesperado.

Nikita dirigió á aquella sociedad de animales palabras de consuelo: escusóse con las gallinas, diciéndoles que no las haría daño; reprochó á los carneros el infundado temor que demostraron, y reconvino al perro interin ataba al caballo.

—Ya está: perfectamente,—decía Nikita sacudiéndose la nieve que llevaba en las ropas.—¡Mira el vocinglero!—continuó dirigiéndose al perro.—¡Calla, calla, tontito!... te estás desguijarando y nosotros no somos ladrones.

—Esto es como aquello de los tres consejeros,—dijo el joven Pétrouschka, ayudando á colocar el trineo bajo el cobertizo.

—¿Qué consejeros son esos?—preguntó Nikita.

—Son los protagonistas de un libro de Paülson. Un ladrón se aproxima, sin ser visto, á una casa; el perro ladra, como queriendo decir: ten cuidado; el gallo canta y dice: levántate; el gato maula y significa: un huésped va á venir, prepárate para recibirle bien,—decía sonriendo el joven.

Pétrouschka era instruido y sabía casi de memoria el libro de Paülson, el único que tuvo y quería, sobre todo cuando echaba un trago, como era

de costumbre; entonces, citaba las máximas que él creía más apropiado.

—Es verdad,—dijo Nikita.

—Tienes frío, según presumo,—añadió Pétrouschka.

—Sí, un poco,—exclamó Nikita.

Y ambos atravesaron el patio y entraron en la planta baja de la casa.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año: 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

La casa donde estaba alojado Vassili Andreitch, estaba habitada por una familia de las mejor acomodadas del pueblo.

Esta familia poseía cinco lotes de tierra y tenía algunos más que alquilaba. Tenía seis caballos, tres vacas, dos terneras y veinte carneros.

Dicha familia se componía de veintidós personas: cuatro hijos casados, seis hijos pequeños, de los cuales sólo Petronschka estaba casado, dos hijastros, tres huérfanos y cuatro menores con los niños.

Esta era una de esas familias raras que no se habían partido las tierras del patrimonio. Pero aquí la influencia disolvente y la animosidad entre

35022

las mujeres, aunque ocultas, debía fatalmente aparecer y contribuir á las particiones.

Dos hijos trabajaban en Moscou como aguadores, y otro era soldado: habiendo pues en este momento, en la casa, el viejo, la vieja, el hijo menor, ó sea el que por allí hace las veces de padre cuando la edad de este es muy elevada, un hijo recién llegado de Moscou con motivo de las fiestas y todas las mujeres y los niños.

Aun había uno más: era un huésped, un noble de Polonia, que vivía cerca.

En la habitación, sobre la mesa, había suspendida del techo, una lámpara con su correspondiente reflector iluminando las tazas del té, una botella de aguardiente, los «hors-d'œuvre», los ladrillos rojos del muro y las imágenes colocadas en el lugar de preferencia y entre grabados.

En el mejor sitio y junto á la mesa, estaba sentado Vassili Andreitch, despojado ya del enorme capotón de abrigo, secándose los bigotes, húmedos por la nieve y examinando la habitación y sus moradores con ojos de buitre. A su lado, se encontraban, el viejo de la barba blanca, y de cráneo calvo, tejida su cara, y á su lado, el hijo recién venido de Moscou, con sus poderosas espaldas, cubiertas con una blusa de indiana fina; en fin, el otro hijo, el mayor, que dirigía la casa y el noble, seco y delgado con sus cabellos rubios.

Los monjiks, después de haber bebido aguardiente y comido un pedazo de cualquiera cosa, se preparaban para tomar el té.

El puchero hervía cerca del fuego y al rededor de la chimenea estaban sentados los chiquillos y las mujeres.

La vieja, cuya cara estaba surcada por infinidad de arrugas, hallábase colocada junto á Vassili Andreitch.

En el momento en que Nitika entró en la habitación, la vieja le ofreció un grueso cubilete lleno de aguardiente.

—Pruébalo Vassili Andreitch—dijo el viejo—tú no puedes rehusarlo en tiempo de fiesta.

La vista y el olor del aguardiente, sobre todo en aquel momento, en que se encontraba tan fatigado, impresionó vivamente á Nikita. Frunció el entrecejo, sacudió la nieve de su gorro y de su kaftan, púsose delante de las imágenes, y como si nadie le viera ni le rodeara, se santiguó tres veces.

Después se volvió al viejo, lo saludó así como á todos los que estaban al rededor de la mesa, deseóles una fiesta alegre y se quitó la capa sin mirar la mesa.

—¡Que lleno estás de nieve!—díjole el hijo mayor, mirándole la cara y la barba á Nikita.

Este se quitó después el kaftan, lo sacudió de nuevo, lo colgó cerca de la chimenea y se aproximó á la mesa.

Entonces le ofrecieron aguardiente. Hubo en Nikita un momento de lucha, terrible; hubiera querido beberse de un sorbo, pero miró á Vassili Andreitch, recordó el sermón que le había echado,

de las botas que se había bebido en casa del tonelero, de su mozo, á quien había prometido comprar un caballo en la primavera, suspiró y no quiso aceptar la bebida.

—No quiero, gracias—dijo poniendo mal gesto y se sentó en el banco que había junto á la ventana.

—¿Por qué no?—le preguntó el hijo mayor.

—No quiero, porque... no quiero—respondió Nikita sin levantar los ojos y mirándose con dificultad los pequeños copos de nieve que tenía en los extremos del bigote.

—No debe beber—dijo Vassili Andreitch, mordiendo una rosquilla para poder pasar el aguardiente.

—Entonces té—dijo la amable vieja. Debes estar muy helado, pobre amigo. ¡Eh, vosotras. mujeres, qué esperáis hacer con vuestra samovar!

—Enseguida—contestó una joven, y quitando de su bandeja el samovar que hervía, lo llevó con dificultad y lo puso bruscamente sobre la mesa.

*
**

Entretanto Vassili Andreitch contaba con toda clase de detalles, cómo se había perdido dos veces

y cómo había vuelto á pasar al mismo sitio; también se acordaba del encuentro con los moujiks borrachos.

Los oyentes se distraían también escuchando el relato y comentando por donde debieron ir los viajeros para perderse dos veces y aparecer allí: también hacían suposiciones sobre quienes serían los borrachos que se encontraron en el camino: después dijeron á los viajeros cómo y por dónde debían caminar.

—Hasta Moltchanovka un niño puede ir sin necesidad de que le acompañen. No tiene más que torcer al llegar á la carretera junto al matorral—decía el starote.

—O bien dormir aquí. Las mujeres le harían una cama—dijo la vieja con tono persuasivo.

—Y muy tempranito podéis seguir el camino. Eso sería lo mejor—añadió el viejo.

—Imposible, hermano. Tengo negocios urgentes—respondió Vassili Andreitch—una hora que me retrasara no la podría luego recuperar en un año—añadió, refiriéndose al bosque, á los tratantes que podían jugarle una mala pasada.—¿Pero llegaremos bien, verdad?—y se dirigía á Nikita.

Este no contestó en el acto porque estaba distraído arreglándose la barba y quitándose la nieve.

—¡Quiera Dios que no volvamos á perdernos—contestó Nikita con gravedad.

Estaba de mal humor, porque le había atormentado la vista del aguardiente, y el té que podía

hacerle entrar en reacción, aun no se lo habían servido.

—Pero si no hay más que llegar hasta la vuelta, y desde allí, ya se sabe, no es posible perderse, porque la foresta la tenemos al lado.

—En fin, Vassili Andreitch, si hemos de partir, partamos—exclamó Nikita tomando el vaso de té que le ofrecían.

—Pues tomemos el té, y en camino.

* * *

Nikita no respondió: inclinaba la cabeza para tomar el té sorbo á sorbo, y cuando descansaba, calentaba sus manos con el humo que salía del té. Después tomó un terrón de azúcar y dirigiéndose á los presentes, exclamó:

—A vuestra salud!

Y concluyó de beberse el té que le quedaba.

—Si alguien quiere acompañarnos hasta la vuelta,—dijo Vassili Andreitch.

—Eso puede hacerse—contestó el hijo mayor—Petrouschka enganchará y os conducirá hasta la vuelta.

—Engancha entonces, y te lo agradeceré.

—No, hijo mio; quédate aquí.

—Petrouschka, anda á lo que te he dicho.

Está bien—dijo Petrouschka, alcanzando su gorro y corriendo hacia el patio.

Durante este tiempo, la conversación volvió al punto en que se encontraba cuando llegó Vassili Andreitch. El viejo se quejaba al staroste del olvido en que le tenía su hijo, pues no se había acordado de enviarle regalo alguno para la fiesta, mientras él, le había mandado un fichú francés para su esposa.

—Los jóvenes del día, no respetan á los viejos—dijo.

—Es verdad—contestó el staroste—no hay manera de convencerlos. Cada día son peores. Mire á Demotchkine que ha roto un brazo á su padre. Comienzan á insurreccionarse.

Nikita no perdía ni un solo detalle de la conversación, pero no se mezclaba en ella. Concretábase á escuchar, mientras tomaba una taza detrás la otra, abrigándose de este modo el estómago.

Todas las conversaciones giraban sobre el mismo tema, y aunque estas no eran académicas, tenían grandísimo interés para aquella familia, pues todo arrancaba de que el segundo de los hijos había perdido la partición del patrimonio. El estaba presente, pero no alternaba en la conversación, limitándose á escuchar como Nikita. Tampoco hubiera querido la familia sacar á colación semejante asunto delante de personas extrañas, pero no había podido sustraerse.

El viejo, por último, con la voz tomada por la emoción, declaraba que, mientras viviera, no consentiría que se partiese el patrimonio, porque su casa no carecía de nada y de otra forma, ninguno tendría lo necesario.

—Ocurriría lo que á la casa Matveier—dijo el staroste.—Era una casa fuerte, pero cuando se separaron sus miembros, nadie tuvo nada.

—¿Es eso lo que tú quieres, hijo?—dijo el viejo dirigiéndose á aquel que solicitaba la partición.

El hijo no respondió ni una palabra: aquel silencio bochornoso, fué interrumpido por la presencia de Petrouschka que habiendo enganchado ya, volvió al lado de la familia y escuchó religiosamente.

* * *

Después de una breve pausa exclamó:

—Aquí ocurre lo que en *Poulson*. Hay una fábrica—dijo—en la cual el padre manda á sus hijos destrozarse un haz de espigas. No pudiendo hacerlo de una vez, comienzan á destrozarse espiga por es-

piga.—Aquí ocurre lo propio—continuó sonriendo. Estoy á las órdenes.

—Puesto que todo está ya, partamos—dijo Vassili Andreitch. En cuanto á las particiones no ceda abuelo: tú lo has ganado, tú eres el amo. Y si quieres evitarte disgustos, vé á casa del juez de paz.

—Está tan grosero, tan grosero, que no hay manera de alternar con él—dijo el viejo refriéndose al hijo.

* * *

Entre tanto, Nikita, que ya había terminado con el quinto vaso de té, esperaba que se lo volvieran á llenar, pero el samovar estaba vacío y no pudo satisfacerse su deseo.

Vassili Andreitch púsose el abrigo y ya estaba dispuesto á partir. Nikita púsose de pie después de arrojar al azucarero el trozo de azúcar que tenía en las manos, dispuesto á endulzar otro poco de té, secóse el sudor de la frente con el paño de la ropa, y se dirigió á su kaftan.

Después de ponérselo, exhaló un profundo suspi-

ro, dió las gracias á todos, los saludó y pasó de la habitación clara y saliente al vestíbulo oscuro y frío, en donde la nieve penetraba por las rajadas de las puertas.

Desde allí salió al patio oscuro.

Petrouschka, abrigado ya, esperaba en medio del patio, cerca de su caballo, recitando, sonriente siempre, trozos de *Poulson*. Decía:

«La tempestad oculta el cielo
los copos de nieve se arremolinan.
Las ráfagas de viento bufan como venados,
luego llora como un niño.»

Nikita movía afirmativamente la cabeza y cogía las riendas.

El viejo, acompañando á Vassili Andreitch, salió al vestíbulo llevando una linterna para alumbrar el camino, pero la luz se apagó por el viento. En el patio mismo, podía comprenderse, que la tempestad arreciaba cada vez con más furia.

—¡Qué tiempo;—pensaba Vassili Andreitch;—es posible que no lleguemos, pero qué hacer? Los negocios son antes que todo. En fin, ya me he levantado para marchar, y los caballos están enganchados. Adelante, y con la ayuda de Dios, ya llegaremos.

El viejo, no desconocía la imprudencia de Vassili Andreitch, obstinándose en marchar, pero ya había hecho lo posible por detenerlo, sin poderlo conseguir.

No habían querido escucharlo.

—Puede ser decía—que porque soy viejo, tenga miedo. ¡Ya llegarán! ¡Después de todo, nosotros nos acostaremos como de costumbre y lo demás no nos importa.

Petrouschka, veía también lo peligroso que era salir á aquella hora; tenía un poquito de miedo, pero por nada del mundo lo hubiera demostrado.

Hacia el valiente, y los versos aquellos de... «Los copos de nieve se arremolinan,» le daban fuerza, para hacer experimentar á los osados viajeros, las desdichas de lo que había de pasarles.

En cuanto á Nikita, como hacía mucho tiempo ya, que no tenía voluntad propia, nada le importaba marchar ni quedarse.

Nadie, pues, detuvo á los viajeros.

1020115788

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
No. 1425 MONTERREY, MEXICO